



## **MI REGRESO A LA CUEVA DE ZAMPOÑA**

*12 de Agosto de 2021*

**Manuel García de Leániz Saleté**

# **MI REGRESO A LA CUEVA DE ZAMPOÑA**

*12 de Agosto de 2021*

**Manuel García de Leániz Salete**

# MI REGRESO A LA CUEVA DE ZAMPOÑA

## *El transcurso del tiempo:*

Hay episodios infantiles que, por razones ignoradas o porque la imaginación despierta sensaciones e impresiones muy intensas, se recuerdan toda una vida; esta es la explicación que puedo dar para justificar mi regreso a la Cueva de Zampoña.

El retorno a la Peña Chavarría, donde se encuentra la cueva, tuvo lugar unos 65 años después de mi última visita a ese paraje del Duero, cercano a Soria, en el que se alza impresionante el gran peñasco que, en sus entrañas, aloja la peligrosa sima.

Mi primer contacto con la cueva fue en una calurosa tarde de agosto del, ya lejano, año de 1955 –como he relatado en el prólogo de este estudio-, con las experiencias y sensaciones contenidas en ese relato; mi segunda visita, y última hasta ahora, se realizó al año siguiente, es decir, en el verano de 1956.

Se podría pensar que son muchos años, demasiado tiempo, para no intentar una vuelta a aquellas ensoñaciones de la infancia; puede ser así, pero el ciclo vital de cada persona es una incógnita, y no resulta fácil encontrar acomodo y encaje para intentar repetir algunas aventuras de la niñez.

De todas formas, en septiembre de 2012, quise volver a sentir aquellas vivencias experimentadas en los pasados años 50, e intenté aproximarme, de nuevo, a la Cueva de Zampoña; no me resultó fácil, porque el paisaje había cambiado, no en lo sustancial, pero sí en algo más primordial para abordar el camino a la gruta: La vereda que se encontraba en la orilla derecha del Duero, que conducía a la cueva, se la había tragado el río, engullida como el desgraciado Antonio Serón caído en la sima. No era posible acceder, por tierra, hasta el pie de la Peña Chavarría, por lo que, únicamente, desde arriba del monte se podía divisar el gran peñasco, sin que pudiera descender a la gruta debido a lo escarpado del terreno; en consecuencia, no pude distinguir siquiera la cueva. ¿Cómo era posible tal subida del nivel del Duero? ¿Qué había sucedido?



En el centro de la fotografía se divisa la Peña Chavarría y, a su pie, un árbol que oculta la entrada a la cueva  
Fotografía del autor, septiembre de 2012

Mi ignorancia, en aquel momento, me había jugado una mala pasada: En los pasados años 60 (después de mi segunda y última visita a la cueva), se había construido una presa y realizado un embalse aguas abajo del Duero, en el pueblecito de Los Rábanos, razón por la que el río había recrecido dos o tres metros, anegando las márgenes e imposibilitando el tránsito por la orilla.



Embalse y presa de Los Rábanos, fotografía del autor, agosto de 2021

Probablemente, nunca hubiera vuelto a contemplar la cueva de Zampoña, ni mucho menos a estar dentro de ella -casi aprisionado entre sus estrechas paredes de roca-, a no ser porque el destino ofrece, a veces, unas posibilidades imprevistas.

La divulgación de lo realmente sucedido en la cueva de Zampoña en 1748, a través de mi página web [www.garciadeleaniz.com](http://www.garciadeleaniz.com), fue la causa de que me pusiera en contacto con dos personas providenciales: Julián Gallardo, magnífico conocedor de diversos aspectos de la sociedad soriana y gran comunicador, y Luis Romero, un enamorado del entorno paisajístico del Duero y muy aficionado a la espeleología; ambos constituyeron un formidable tándem que, con su ayuda, me permitieron regresar a la cueva de mi niñez.

Se dio la circunstancia, además, que Luis Romero era hijo de Augusto Romero, un emprendedor soriano que, en los pasados años 40 y 50, había iniciado un prometedor establecimiento junto al Duero, incluyendo el alquiler de barcas para surcar el río.

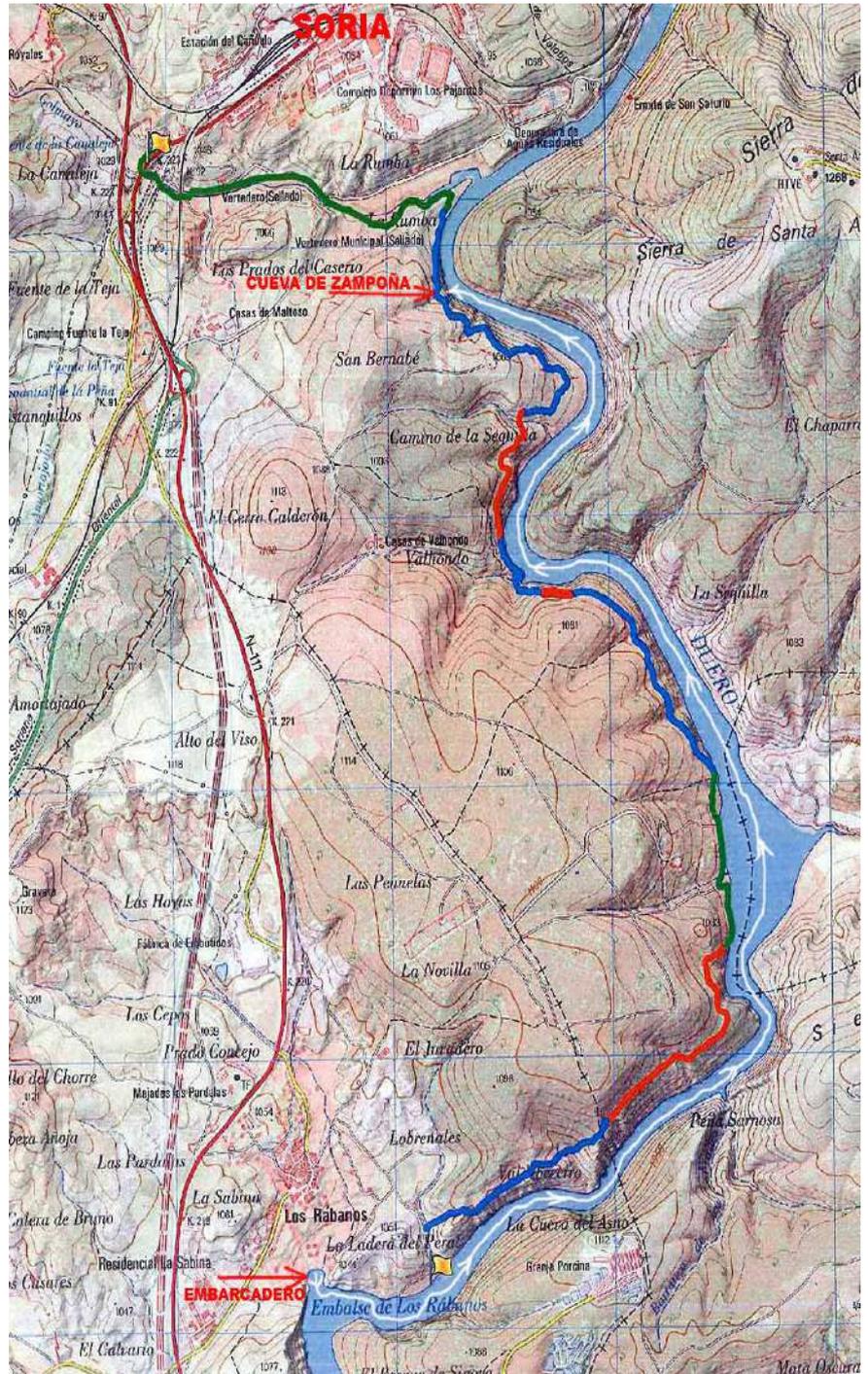
Así, con estos antecedentes ya estaba decidido el siguiente paso a dar: Mi regreso a la cueva de Zampoña, a través del Duero, por medio de una barca que Luis Romero conservaba todavía de su padre Augusto, acompañado de Julián Gallardo. Estos planes, previstos en principio para el verano de 2020, se vieron forzosamente postergados debido a la expansión pandémica del covid.

Pero este plan debía culminarse, esta sería la tercera vez (a la tercera va la vencida) que llegaría al pie de la cueva de Zampoña; la aventura tendría lugar en el verano de 2021.

## El retorno a la Cueva de Zampoña, el recorrido por el Duero:

La fecha elegida fue el jueves 12 de agosto de 2021, una calurosa pero serena tarde veraniega, que representaba 65 años transcurridos desde mi última visita a la gruta. La planificación consistía en salir en barca, desde el pueblecito de Los Rábanos, situado a unos seis o siete kilómetros río abajo de la cueva, surcando las aguas del Duero en un bellissimo paisaje natural, tan cercano a Soria como casi desconocido para la mayoría de sus habitantes.

*“Circundada la ciudad de Soria de elevadísimos cerros, son frecuentes en ellos esas grandes concavidades cuyo origen no siempre es fácil explicar. Allá en las márgenes del Duero, son bien conocidas las de San Saturio, hoy venerada; la inmediata de La Muda y otra próxima; pero las dos más importantes grutas están un poco más distantes, son la del Asno y la de Zampoña”.* Así comenzaba el artículo que mi antepasado Vicente García (de Leániz) y García de Piñera dedicaba a la cueva de Zampoña, en el número 1 del “Recuerdo de Soria”, de 2 de octubre de 1881.



Croquis del recorrido en barca, desde Los Rábanos a la cueva

Sobre las cinco de la tarde, del 12 de agosto de 2021, ya me esperaba Luis Romero en el embarcadero de Los Rábanos, con su barquita de remos, perfectamente equipada, que presentaba en su proa el nombre de su padre Augusto, primorosamente pintado.



Pero, no era la única sorpresa, el nombre de la pequeña embarcación era sugerente: “La Pinta”, la veloz y marinera carabela que llevaba Colón, en el viaje de su descubrimiento de América, en la que Rodrigo de Triana gritó “*Tierra a la vista*”, divisando el nuevo continente. En esta barquita yo también avistaría la estrecha entrada de la cueva de Zampoña, a las orillas del Duero.



Luis Romero remando en su barquita “La Pinta”

Con la incorporación de Julián Gallardo a la expedición, y acompañado de las dos perritas de Luis, ya podíamos emprender la aventura de dirigirnos aguas arriba, hacia la peña Chavarría, la impresionante fachada de la sima.



Salida de la expedición desde el embarcadero de Los Rábanos, foto del autor

En este tramo del río, la erosión -durante siglos del agua en las rocas- ha ocasionado parajes profundos, cañones de una belleza increíble, frondosos bosques, barrancos calizos y numerosas cuevas. El sinuoso cauce del Duero, en este recorrido, nos pone en contacto con aves rapaces y buitres.



El cañón del Duero; Luis en primer plano



Bosques frondosos, con Luis y Julián en la barca



Un buitre con el ala herida



Las buitreras en las rocas, con las rapaces

La navegación fluvial por el Duero, a escasos kilómetros de la ciudad de Soria, constituye un verdadero tesoro, un patrimonio cultural e inmaterial que se debería promover y proteger, para que este entorno natural, con su paisaje, fauna y flora, se pueda disfrutar libremente, respetando la conservación de este precioso lugar para las generaciones venideras.

El itinerario por el río, en el que se avanza lentamente por el acompasado sonido de los remos sobre el agua, alcanza una zona más amplia y abierta, semejante a un lago, donde en su margen izquierda se puede contemplar una plantación de encinas truferas.



En el centro de la imagen, plantación de encinas truferas, foto del autor

Un poco más adelante, también en la orilla izquierda, y cerca de una gran mole caliza de tonos ocre blanquecinos, conocida como el Cinto, se presenta altivo un gran arco natural que vigila el Duero desde su imponente atalaya. En la imagen, a la derecha, detrás de Luis que señala con el pulgar, se alza el arco natural.





Precioso arco natural



Un bello tramo del Duero, Julián y el autor, Manuel, en la popa

Desde el tramo en el que se encuentra el circo rocoso, conocido como El Cinto, donde el Duero describe una gran curva, hasta la peña Chavarría que aloja la cueva de Zampoña hay ya poca distancia. El río adopta la forma de una gran recta, en cuyo final, hacia la izquierda, comienza a vislumbrarse la forma gigante de la gran peña.



Preciosa imagen de Luis Romero: En el ángulo superior derecho, el Pico Frentes; justo debajo, la ciudad de Soria; la peña Chavarría, con la cueva de Zampoña, se encuentra - en este caso- en la orilla izquierda del Duero, arriba a la derecha. El embalse de los Rábanos está situado, fuera del alcance visual de la fotografía, hacia la parte izquierda.

El recorrido hasta la cueva está llegando a su fin, ya tenemos al alcance de nuestra vista la peña Chavarría que, en palabras de mi abuelo, Rafael García (de Leániz) de Diego, *“es realmente la grieta producida por la dislocación de un gran peñasco del resto del macizo y en el que, la dirección de los planos de estratificación casi verticales, facilitaban aquélla. Es muy posible que este deslizamiento de la piedra hacia el río por mengua de su base, tuviera como causa, lo fuertemente que ella fue afectada por la corriente impetuosa del Duero, que ha dejado en la roca muestra bien patente de su enérgica acción. Es casi seguro que la grieta o sima, en que cayó el desgraciado Serón, alcanza profundidad igual al lecho del río, y es probable que las aguas cubran su fondo”*.

## *La Peña Chavarría y la cueva de Zampoña:*

El gran momento del encuentro con los recuerdos de la infancia se encuentra cerca, después de transcurridos 65 años; la imagen de la imponente peña Chavarría está ante nuestros ojos, y me parece más asombrosa que nunca desde la superficie acuosa del Duero.



En el centro de la fotografía, la peña Chavarría, foto del autor



Desde la barca "La Pinta", Luis Romero y Julián Gallardo ante la peña Chavarría bañada por el Duero, foto del autor.

Sólo unos pocos metros nos separan de la cueva, pero no consigo divisar donde se encuentra la entrada de la gruta. Estoy situado justo en la proa de la barquita “La Pinta”, pero a diferencia del marinero de Colón que gritó “tierra a la vista”, no puedo decir “cueva a la vista”, porque no sé dónde se encuentra.

La barca enfila la orilla, se aproxima lentamente en dirección a un árbol que se encuentra justo al pie de la peña, oigo las voces experimentadas de mis compañeros que me advierten: *Manuel, agáchate, que te pueden arañar las ramas*, y procedo a obedecer por la cuenta que me trae.

Todo sucede con gran rapidez, “La Pinta” toca la margen derecha del río, las ramas y la vegetación se me echan encima, apartándose enseguida, las perritas que nos han acompañado desembarcan con prontitud y cuando consigo ver lo que hay frente a mis ojos, sólo puedo exclamar asombrado, en increíble y torpe frase infantil, “*ostras Pedrín*”: Una oscura hendidura, que rasga perfectamente la roca, de arriba abajo, me indica que acabo de llegar a la cueva de Zampoña.



La barca se dirige hacia el árbol al pie de la peña



La vegetación parece inexpugnable



La oscura hendidura, que aparece entre la maleza, es la entrada a la cueva de Zampoña



Aquí se puede apreciar, perfectamente, la entrada y, sobre ella, la cruz, labrada en la roca, con su tenebrosa inscripción.



La inscripción de la cruz, labrada en la roca, con la advertencia para futuros exploradores de la cueva, señalando su peligrosidad y sus nefastas consecuencias si se atreven a penetrar en su interior:

**JS, MARIA= I JOSEP=: EL QEN ESTA CUEBA= ENTRARE NI VIVO= NI MUER=  
TO SA= LE= AÑO DE= 1748**

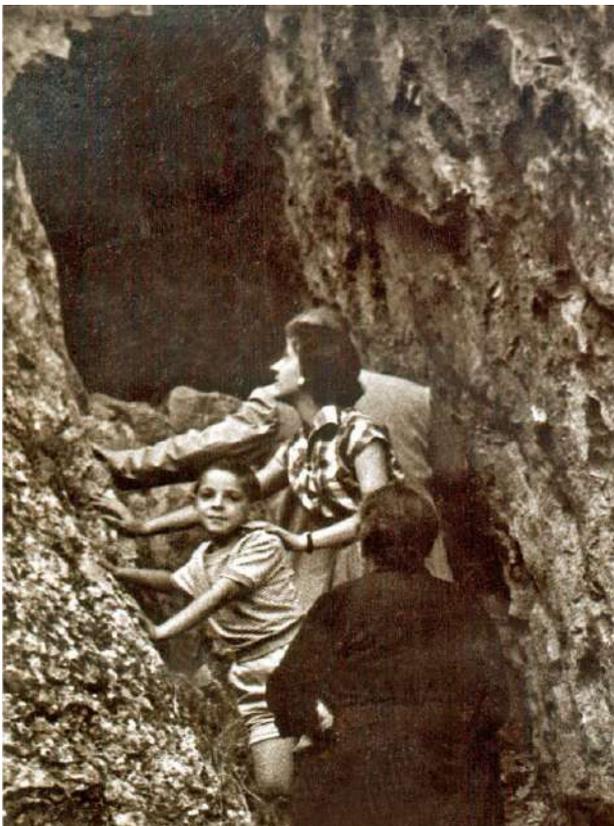
Una vez llegados a tierra, lo primero que hacemos es sujetar la barca para que la corriente del río no nos juegue una mala pasada; Julián la encadena a una gruesa rama del árbol que, en horizontal, atraviesa nuestro paso.



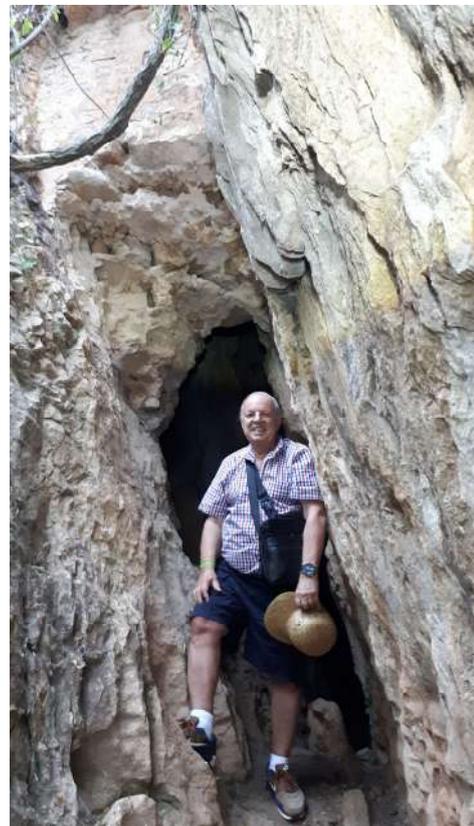
Julián Gallardo, amarra la barca, utilizando como asidero una gruesa rama del árbol; detrás, la entrada a la cueva.

Desembarcamos todos, personas y canes, en un minúsculo palmo de tierra, rodeados de las aguas del Duero que circundan el escaso montículo ascendente y cubierto de piedras, que conduce, en un espacio de unos dos metros, hasta la negra abertura.

Trato de asimilar el recuerdo infantil de mi llegada a la cueva, a mediados del siglo XX, para identificarlo con el momento actual y no encuentro demasiadas similitudes: La tupida vegetación surgida durante tantos años, la desaparición de la vereda o caminito junto al río, la diferente perspectiva, en suma, me dificultan la comprensión de que, por fin, estoy ante la misma gruta de mi niñez.



Agosto de 1955, acompañado de mi familia

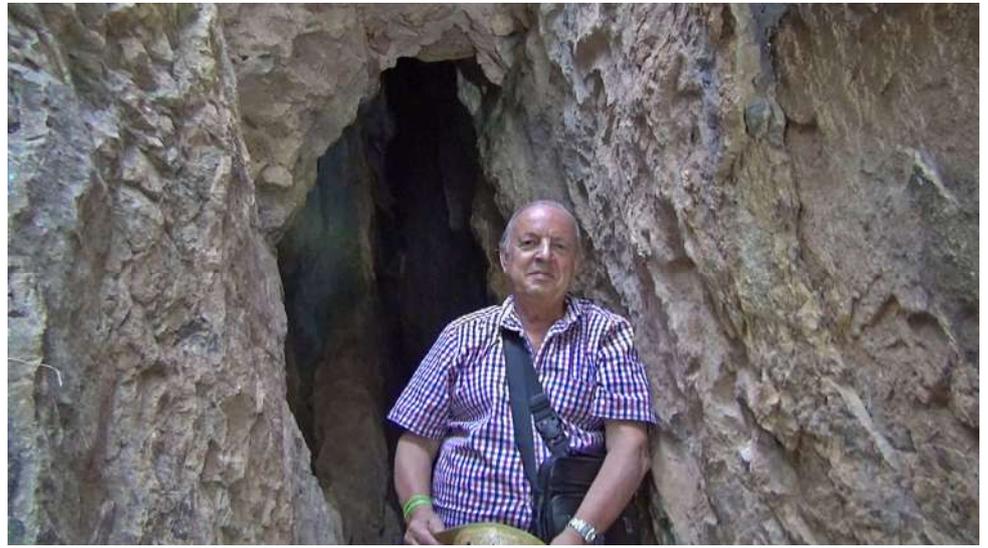


Agosto de 2021, yo solo en la entrada

En la imagen de la izquierda, la entrada a la cueva estaba tapiada hasta la mitad, aproximadamente. En la imagen de la derecha, la abertura de la gruta es total.

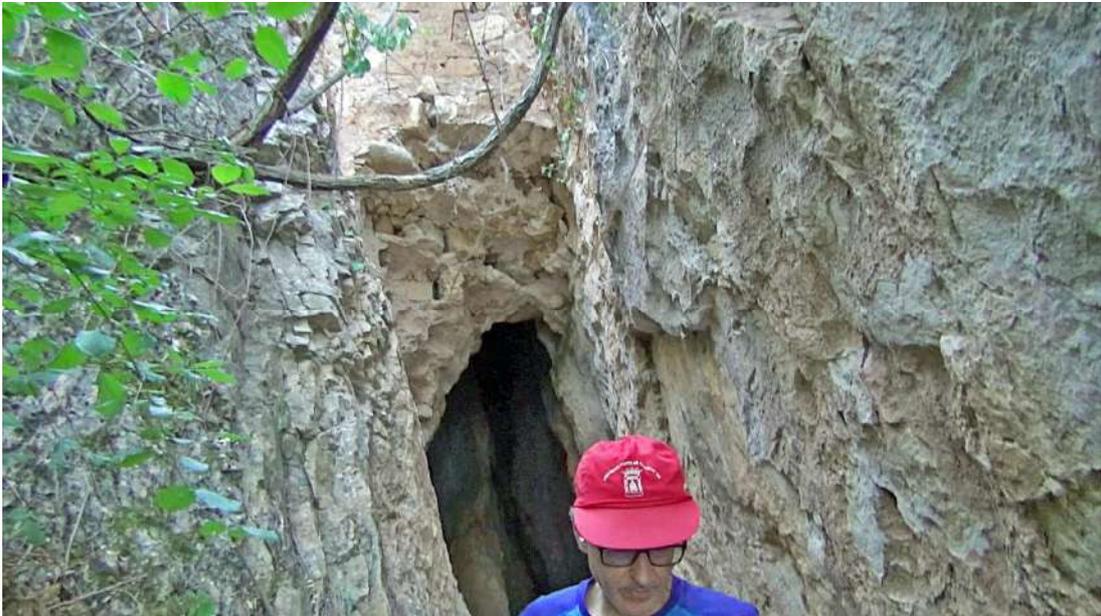


Agosto de 1956



Agosto de 2021

Soy el niño detrás del joven agachado en la imagen de la izquierda y, a la derecha, 65 años después.



Julián Gallardo ante la entrada y, más arriba, se aprecia la inscripción de la cruz sobre la roca.



Nuevo detalle de la inscripción en la cruz, aviso de advertencia.

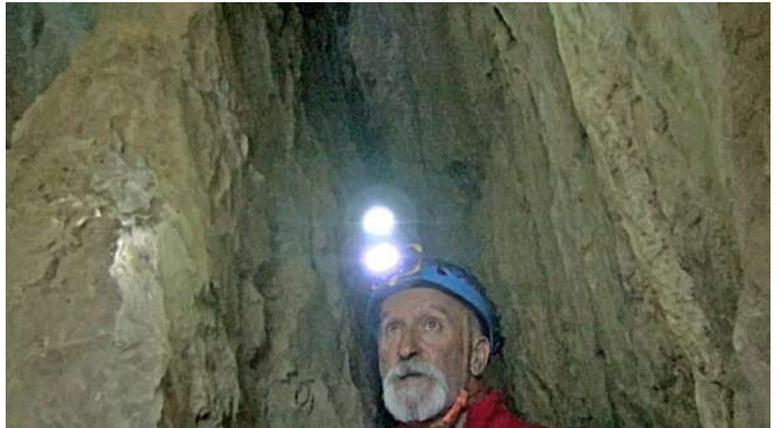
## En el interior de la cueva:

Ahora ya estoy preparado para penetrar, por primera vez, en el interior de la cueva. En las dos ocasiones anteriores, llegué a estar junto a la negra abertura, pero jamás puse un pie en sus entrañas. No exento de nerviosismo, me adelanto y franqueo la entrada: Me encuentro casi embutido entre sus estrechas paredes rocosas, que ascienden en decidida verticalidad hasta encontrarse de nuevo.

Luis Romero, emocionado, me señala algo en una de las paredes del comienzo de la gruta; es un pequeño graffiti, en tinta azul, que contiene dos nombres, enlazados por un corazón, y una fecha: *Augusto Angelines 47*. Se trata de los nombres de los padres de Luis, un sorprendente hallazgo, que indica que, a mediados del siglo XX, sus progenitores ya habían descubierto la cueva, inculcando al hijo su amor por la naturaleza y su afición por la espeleología.



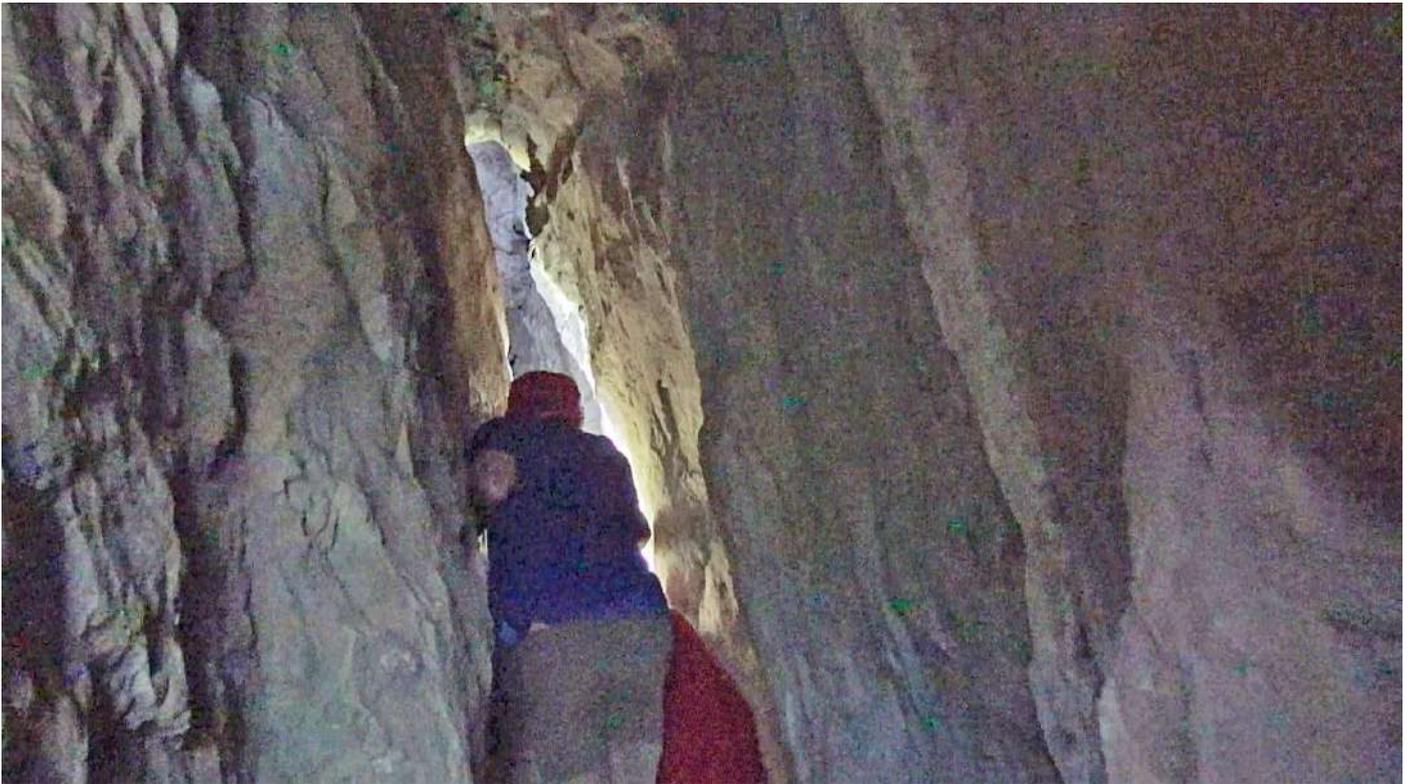
Graffiti con los nombres de los padres de Luis



Luis Romero, contemplando los detalles de la cueva



Puede apreciarse en esta imagen, el estrecho pasillo que dejan las dos paredes verticales de la cueva por el que el infortunado Antonio Serón se fue adentrando, hasta que cayó sin remisión en la sima situada al fondo, engullido por un oscuro y tenebroso abismo (Foto del autor).



Julián y Luis agachados en el interior; aquí es patente la sensación de estar aprisionados en la grieta (Foto del autor).

Continuamos explorando la cueva, todo lo que la angostura de la misma nos permite, que no es mucho, imaginando el horror que debió sentir Antonio Serón al caer en la negrura de la estrecha oquedad, al fallarle el suelo de la gruta y quedar aprisionado y herido en la caída, sin poderse mover.

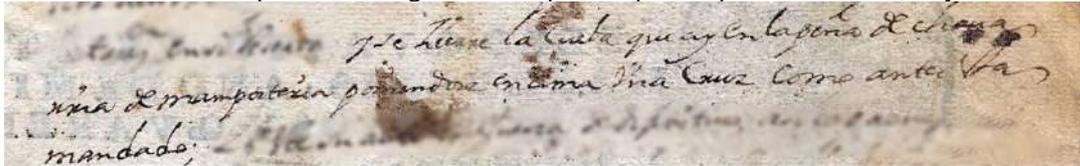


Una nueva perspectiva, desde el interior, que muestra nuestra barca "La Pinta", amarrada y encadenada a la rama del árbol, sobre las aguas del Duero (Foto del autor).

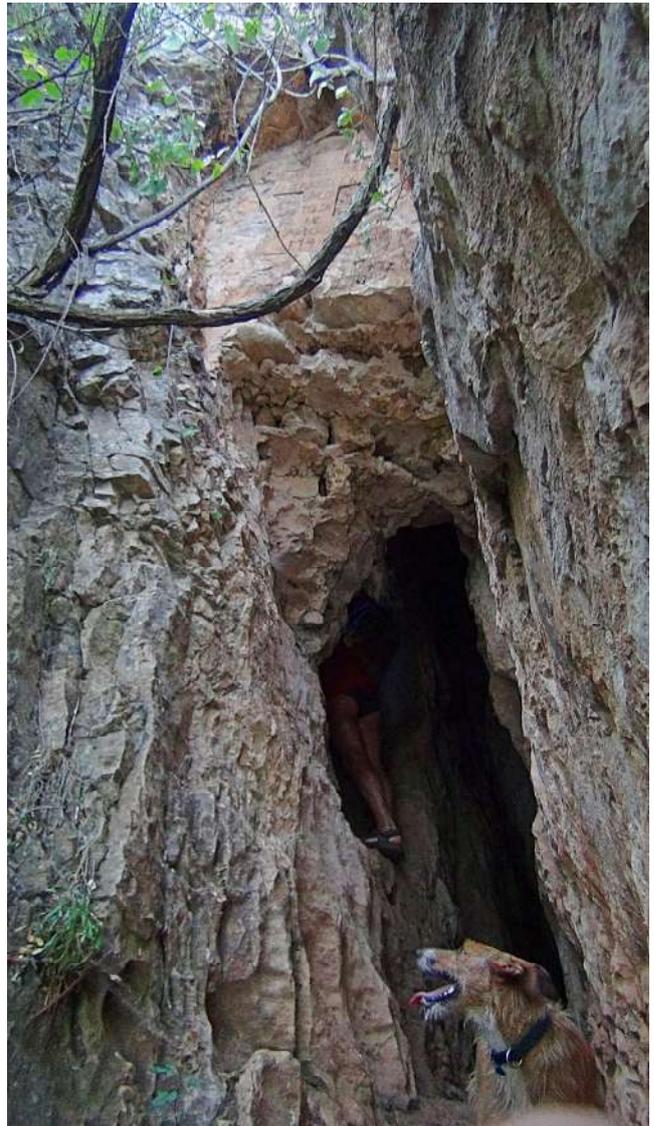
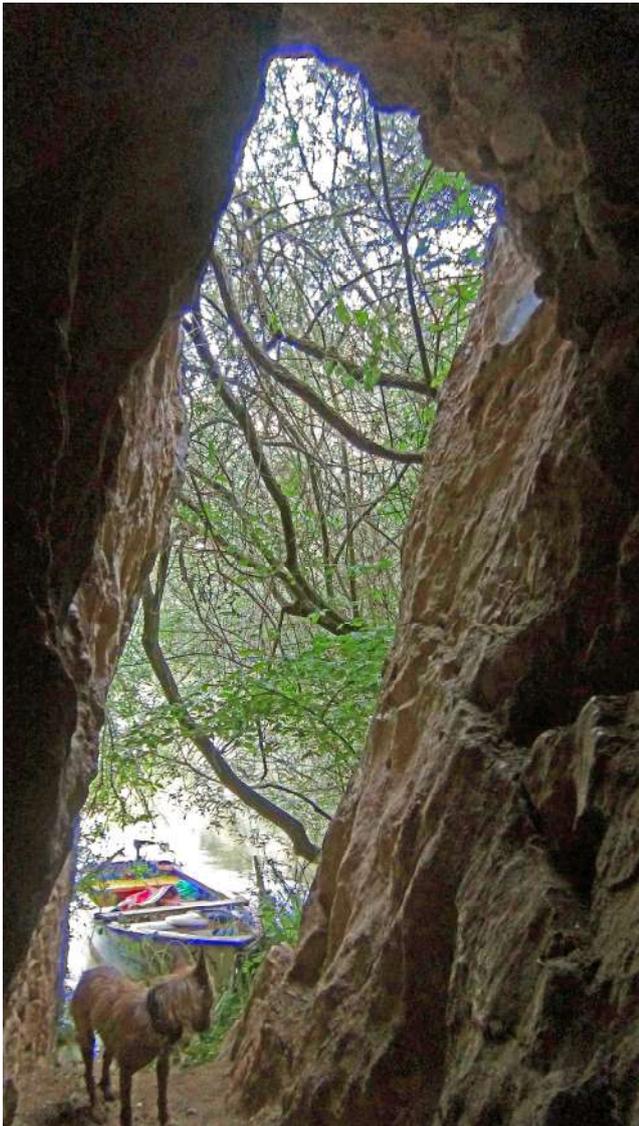


La entrada de la cueva de Zampoña

La argamasa empleada para tapiar la abertura, hoy casi destruida



***“y se Zierre la Cueba que ay en la peña de chava  
rria de mampostería poniendose encima Una Cruz como antes esta  
mandado”***



La entrada, con una de las perritas, desde dos perspectivas diferentes: A la izquierda, con la barquita que nos permitirá abandonar la cueva; a la derecha, la oscura abertura que, en lo alto, alberga la cruz con la inscripción (Fotos del autor)

## *La salida de la cueva, la vuelta por el río:*

Es hora de abandonar la cueva, las emociones se agolpan en el interior de cada uno de los tres expedicionarios, recordando lo que pudo vivirse en la misma en aquel aciago día de marzo de 1748, con el espantoso suceso acaecido en esta concavidad.

Echamos un último y rápido vistazo a lo más profundo de la abertura, hasta donde nos permite la estrechez de la grieta, unos cinco o seis metros, tratando de mantener en nuestras retinas la imagen estremecedora de su sima.

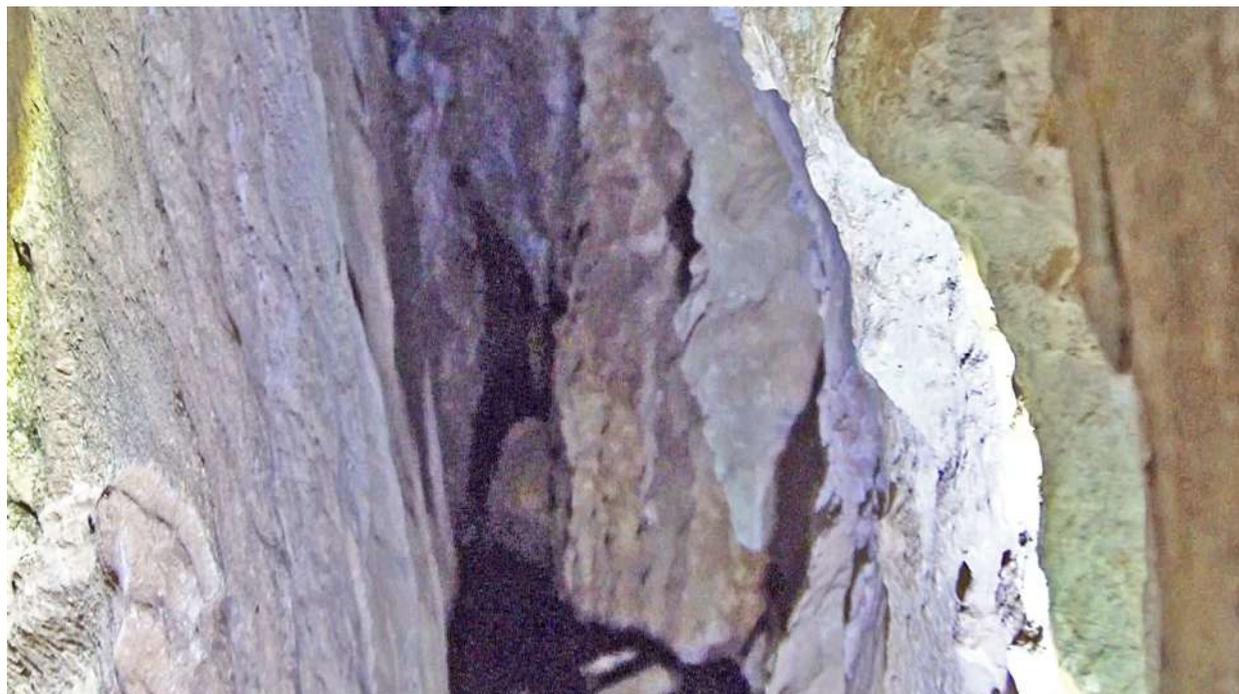
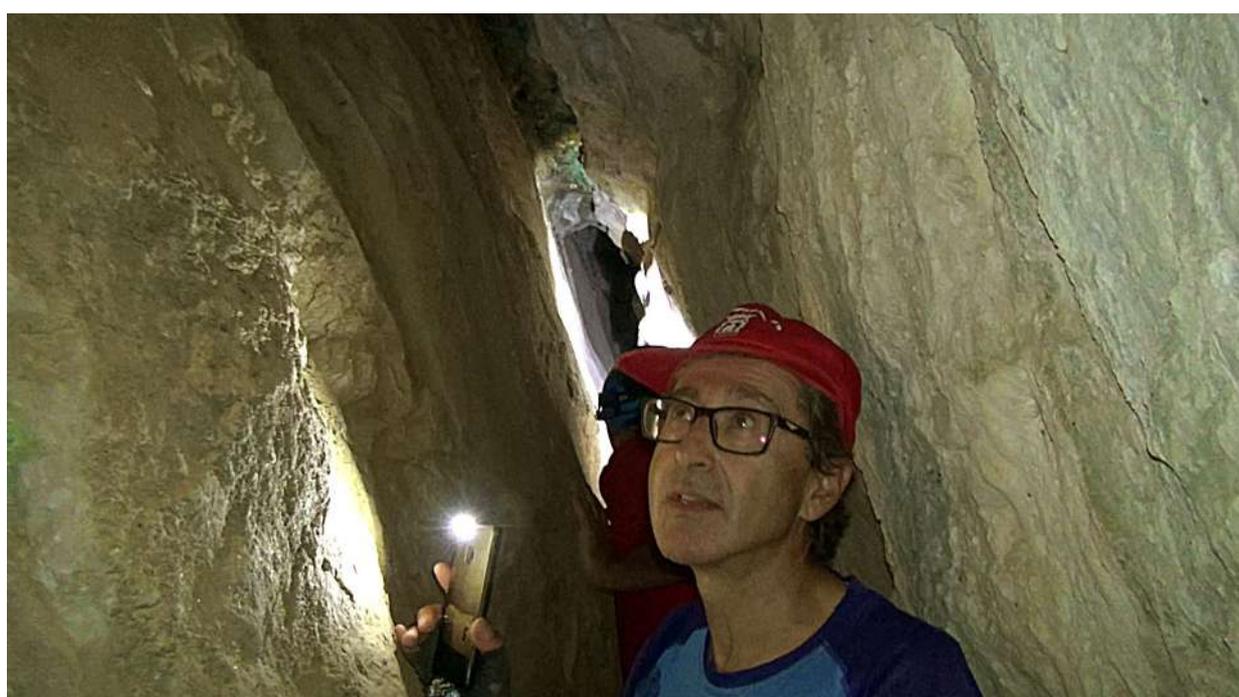


Imagen de lo más profundo de la cueva (Foto del autor).



Luis y Julián, en primer plano, saliendo de la gruta (Foto del autor).

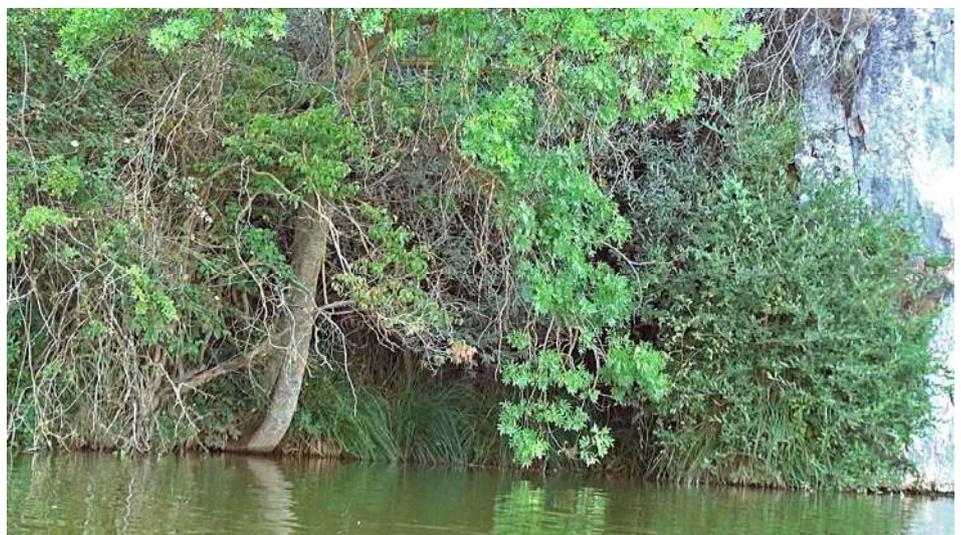


Asombrado y entusiasmado por las sensaciones vividas en el interior de la cueva, me dispongo a abandonarla.

Descendemos un par de metros desde el boquete de la entrada, casi silenciosos los tres expedicionarios de esta extraordinaria aventura, junto a la pareja de perritas de Luis, y nos acomodamos en la embarcación “La Pinta”, tras desencadenarla de la rama protectora, y la barquita queda libre y a merced de las aguas del Duero.



Retrocedemos por el río, las ramas y la vegetación recuperan su posición original y nos vamos alejando de la impresionante peña Chavarría. La cueva ha sido tragada por la espesura y ya no se divisa su oscura hendidura: Adiós, cueva de Zampoña.





Julián, Luis y una de sus perritas y, al fondo en el centro, la peña Chavarría



La peña Chavarría destaca por su imponente presencia y el diverso colorido que ostenta, bañada su base por el río.

Emprendemos el regreso al embarcadero de Los Rábanos, desde donde hemos partido hace unas tres horas. La espléndida tarde, aún nos obsequia con la hermosa contemplación de ambas márgenes del Duero; entretanto, nuestra conversación, se centra en comentar los terribles acontecimientos sucedidos en el lugar que acabamos de visitar.

Se impone un alto en nuestro recorrido fluvial, que aprovecha Luis Romero para sorprendernos con un improvisado *piscolabis*: Pan, queso, tortitas, cacahuets y sardinas, al que no le falta un buen vino.



Un brindis, por parte de los tres expedicionarios: *Salud, paz y buen rollo; por la amistad y por la próxima.*



Manuel y Julián, celebrando el éxito de nuestra aventura a la cueva de Zampoña.

Finalizado el brindis y después de haber dado buena cuenta del obsequio de Luis, nuestra barquita se pone en marcha; esta vez propulsada por el pequeño y silencioso, pero efectivo, motor eléctrico con el que va equipada “La Pinta”.

La superficie del agua, remansada y lisa como un espejo, divide en dos mitades casi idénticas el paisaje, al reflejarse en ella las imágenes de las paredes del cañón del río.



Las aguas del Duero reflejan la imagen como en un espejo.



La luz vespertina, tamizada sobre las aguas, presenta este increíble aspecto en las paredes del cañón.

Estamos a punto de que la tarde deje paso a la noche; no importa, el paisaje se torna aún más bello y envuelve el entorno con un mágico ambiente, que nos hace evocar toda clase de pensamientos y reflexiones positivas. Las vivencias de hoy, por lo que a mí respecta, cierra una lejana y añorada etapa de mi vida, completando un círculo perfecto: El regreso y el retorno a una aventura infantil, que tenía como objetivo visitar una cueva peligrosa.

## *Regreso al embarcadero de Los Rábanos:*



Con la luna en el horizonte, recorreremos el último tramo hasta el embarcadero del que salimos.

Con las primeras luces nocturnas, apurando perfectamente cada minuto de esta jornada irrepitable, con el tiempo justo para divisar, entre la penumbra, nuestro embarcadero, y con las luces del pueblito de Los Rábanos reflejadas en las aguas del Duero, dejamos nuestra embarcación amarrada.



Gracias queridos amigos Luis y Julián, por haber logrado que este episodio haya culminado felizmente, y haberme permitido lograr un sueño que creía inalcanzable.



Luis Romero, Manuel García de Leániz y Julián Gallardo, al llegar al embarcadero.  
Hasta la próxima, amigos.